

Ralf Rothmann

Morir en primavera

Traducción de Carles Andreu

Primera edición, 2016

Título original: *Im Frühling sterben*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Suhrkamp Verlag Berlin, 2015.

All rights reserved by and controlled through Suhrkamp Verlag Berlin.

© de la traducción, Carles Andreu, 2016

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: Joven soldado alemán de la segunda guerra mundial. Afueras de Roma, Italia. Fotógrafo desconocido.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-84-9

Depósito legal: B. 20.828-2016

Impreso por Reinbook

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



Los padres comieron las uvas agrias
y a los hijos les dio dentera.

EZEQUIEL

El silencio, el rechazo absoluto a hablar, especialmente sobre los muertos, es un vacío que tarde o temprano la vida termina llenando por su cuenta con la verdad. En su día, si le preguntaba a mi padre por qué tenía el pelo tan fuerte, él respondía que era por la guerra. Cada día se frotaban el cuero cabelludo con jugo de abedul, no había nada mejor; no prevenía los piojos, pero olía bien. A un niño le resulta bastante difícil comprender qué relación puede haber entre el jugo de abedul y la guerra y, no obstante, yo no hacía más preguntas. Sabía que, como sucedía con todo lo relacionado con aquella época, tampoco habría obtenido una respuesta más precisa. Esta se presentó por sí sola décadas más tarde, cuando cayeron en mis manos unas fotografías de tumbas de soldados y vi que, en el frente, la mayoría de cruces estaban hechas con ramas de abedul joven.

Mi padre rara vez sonreía sin que se le avinagrara el semblante. La expresión de su rostro, dominado por sus pómulos fuertes y sus ojos verdes, transmitía melancolía y cansancio. El pelo rubio oscuro repeinado con crema Brisk, para darle forma, la nuca pulcramente recortada,

la barbilla con hoyuelo, siempre bien afeitada, y la distinguida sensualidad de sus labios provocaron, según cuentan algunas historias, el desasosiego de no pocas mujeres. De perfil, su nariz, corta y vagamente respingona, lo hacía parecer más joven de lo que era y, cuando estaba tranquilo, su carácter socarrón y su astuta empatía asomaban en su mirada. Sin embargo, él apenas era consciente de su propio atractivo y, si alguna vez lo hubiera intuido, seguramente no lo habría creído.

Su constante predisposición a echar una mano despertaba la simpatía de los vecinos, y siempre que se hablaba de él terminaba saliendo la palabra «respetable»; sus colegas de la mina lo llamaban «el hurgador» en tono elogioso y casi nadie se peleaba nunca con él. Solía llevar pantalones de pana, que perdían todo el brillo tras los primeros lavados, y chaquetas del C&A. Sin embargo, los colores, siempre bien elegidos, permitían intuir un instante de reflexión a la hora de comprar la ropa y cierto placer por combinarla con gusto; jamás se habría puesto zapatillas deportivas ni zapatos sucios, calcetines de rizo ni camisas de cuadros. Aunque su porte se resintió del trabajo duro, primero como ordeñador y más tarde como minero, mi padre era algo que casi no existe: un trabajador elegante.

Pero no tenía amigos, ni los buscaba, y pasó la vida sumido en un silencio que nadie quiso compartir con él, ni siquiera su mujer, que tomaba el café con todo el vecindario y que los sábados se iba a bailar sin él. A pesar de la espalda encorvada, su gravedad permanente le confería una autoridad que intimidaba; su melancolía no era fruto del hastío que provocan el trajín de la vida y el trabajo esclavo, de la pena o de los sueños no reali-

zados. A nadie se le habría ocurrido darle una palmadita en la espalda y decirle: «¡Vamos, Walter, ánimo un poco!». La suya era la gravedad de alguien que había visto muchas cosas, que sabía de la vida más de lo que era capaz de explicar; sospechaba también que, aunque dispusiera de palabras para expresarlo, no existía redención posible.

Ensombrecido por su pasado, iba en bicicleta a la mina lloviera o nevara, pero más allá de las numerosas lesiones y las fracturas provocadas por las piedras, nunca se puso enfermo, nunca cogió ni un resfriado. No obstante, los casi treinta años bajo tierra, las largas jornadas y los turnos extra sacando carbón con el martillo neumático (sin protección en los oídos, como era costumbre antaño), le provocaron una sordera que le impedía entender lo que decía la gente, con la única excepción de mi madre. Aún a día de hoy me resulta una incógnita y no sé si lo que le permitía conversar con ella con absoluta naturalidad era la frecuencia de su voz o la forma en que movía los labios. Cuando queríamos decirle algo, todos los demás teníamos que gritar y gesticular, ya que él nunca llevaba audífono; no le gustaba ponérselo porque, al parecer, le producía ruidos y ecos extraños. Eso dificultaba mucho la relación con él, por lo que su soledad se fue acrecentando también dentro de la familia.

Aunque yo siempre tuve la sensación de que aquel silencio sin preguntas, que año tras año se iba volviendo más denso, al menos no lo hacía infeliz. Al final, los achaques fruto de una vida de trabajo terminaron por prejubilarlo, y la vergüenza que eso le provocaba lo convirtió enseguida en un alcohólico que no esperaba mucho más de la vida que el periódico y la última no-

vela de Jerry Cotton que vendían en el quiosco. Cuando en 1987, recién cumplidos los sesenta, el médico le anunció que iba a morir pronto, apenas se mostró conmovido. «Mi cuerpo no lo toca ningún bisturí», anunció ya durante los primeros compases de la enfermedad, y no dejó ni de fumar ni de beber. Lo más que hizo fue empezar a pedir con cierta frecuencia su plato favorito, patatas salteadas con huevo y espinacas, y decidió esconder el vodka en el sótano, debajo del carbón, para que mi madre no lo encontrara. (Colgado en la pared conservaba todavía el taburete de ordeñar, con la correa de piel y la pata torneada.)

Cuando se jubiló le regalé una libreta, con la esperanza de que me dejara por escrito algunos pasajes de su vida, episodios dignos de mención de la época anterior a mi nacimiento, pero las páginas quedaron prácticamente en blanco. Solo anotó algunas palabras clave, nombres de lugares extranjeros, y cuando después de la primera hemorragia le pedí que por lo menos me diera más detalles sobre aquellas semanas de la primavera del 45, esbozó un gesto cansado y, con su voz sonora, que parecía retumbar en el vacío de su sordera, me dijo: «¿Para qué? ¿No te lo he contado ya? El escritor eres tú». Entonces se rascó por debajo de la camisa, miró por la ventana y, a media voz, añadió: «Espero que esta mierda termine pronto».

Que no nos oyera hacía que los demás nos volviéramos mudos; mi madre y yo pasamos varios días sentados junto a su lecho de muerte sin pronunciar ni una sola palabra. La habitación estaba pintada de verde hasta la altura de la cabeza, y encima de la cama había una reproducción de una pintura de Édouard Manet,

Casa en Rueil. Era un cuadro que siempre me había gustado, y no solo por la aparente levedad, casi musical, de su ejecución, ni por la apacible luz estival que desprende la imagen, aunque no se vea ni un pedazo de cielo: la casa, de tonos ocres, rodeada de árboles, arbustos y flores rojas, y con la entrada flanqueada por dos columnas, guarda cierto parecido con la residencia señorial de la finca del norte de Alemania donde, a principios de los cuarenta, mi padre aprendió el oficio de ordeñador. Fue también el lugar donde conoció a mi madre y, de niño, pasé allí varias vacaciones felices. Algunos de nuestros parientes aún vivían junto al canal.

Una casa del alma sobre la que ahora caía el sol crepuscular. El marco de plástico crujía con el calor de finales de verano, y mi madre, que se sentaba muy erguida en su silla, con el bolso colgando del brazo como si tan solo hubiera pasado a ver un momento a la muerte, guardaba la botella de agua en la sombra. Impecable como siempre, y con demasiada laca en el pelo, llevaba zapatos de tacón de ante y el vestido azul oscuro de raya diplomática que había cosido ella misma, y cuando suspiraba quedamente, me llegaba el olor a licor de su aliento.

En los apenas dieciocho años que conviví con mis padres, y también más tarde, durante mis escasas visitas para celebrar las Navidades o algún cumpleaños, casi nunca vi un gesto tierno entre los dos, ni una caricia, ni un abrazo, ni siquiera un beso casual; siempre se hacían los mismos reproches, relacionados con asuntos de la vida cotidiana, o se dedicaban a destrozarse el mobiliario, borrachos como cubas. Ahora, en cambio, mi madre apoyó la frente en la de mi padre, cada vez más desorien-

tado, y le acarició la mano fugazmente, como si se avergonzara de hacer ese gesto delante de su hijo, y él abrió los ojos.

El polvo de carbón acumulado los había alterado ligeramente, pero durante los últimos días parecían inusualmente grandes y claros; las escleróticas brillaban como si fueran de nácar, y en el verde oscuro del iris se reconocían pigmentos marrones. Mi padre levantó un dedo y dijo:

—¿Lo habéis oído?

Por una vez no era a causa de su sordera: reinaba un silencio absoluto, no llegaba ningún ruido ni a través de la ventana que daba al parque florido de la clínica ni desde el pasillo. El horario de visitas había terminado, hacía ya rato que habían servido la cena y acababan de recoger los platos. La enfermera del turno de noche ya había hecho la ronda. Mi madre sacudió levemente la cabeza.

—Ay —murmuró—, ya vuelve a estar en la guerra.

No le pregunté cómo lo sabía. Me bastó la intimidad que se insinuaba en su convencimiento para saber que no se equivocaba.

—¡Allí! —exclamó él al poco, y nos miró alternativamente con impotencia y preocupación—. ¡Otra vez! ¿No lo oís?

Sus dedos describían círculos sobre su pecho, arrugando el camisón y alisándolo de nuevo, mientras tragaba saliva. Entonces apoyó de nuevo la cabeza en la almohada, volvió el rostro hacia la pared y, con los ojos cerrados, dijo:

—¡Cada vez pasan más cerca, demonios! Si supiera de algún lugar adonde pudiéramos ir...

En la Biblia de mis padres, un ejemplar apolillado encuadernado en piel y lleno de vales de descuento del supermercado Schätzlein, hay un verso del Antiguo Testamento subrayado, no con un lápiz, sino seguramente con la uña, y aunque el libro, compuesto en letra gótica alemana, lleva ya varios años vagando por mis estanterías y mis cajas, la incisión en el papel biblia parece recién hecha. «Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza», dice. «Errante y extranjero serás en la tierra.»

En la oscuridad, lo único que se oía de los animales era el sonido de las mandíbulas al masticar o los golpes que daban en la reja del comedero. A veces, el círculo luminoso de la lámpara de petróleo iluminaba un hocico húmedo, unas fosas nasales sonrosadas por dentro, o proyectaba las sombras de unos cuernos sobre la pared encalada, donde se elevaban hasta dos pies de altura para desvanecerse de inmediato. Los nidos de las golondrinas, bajo el techo de paja, estaban todavía deshabitados; invisibles en la oscuridad, maullaban ya unas crías de gato.

Un grueso chorro de orín cayó sobre el pavimento, y un aroma dulzón, a maíz y salvado, impregnó la parte posterior del edificio, donde las vacas preñadas aguardaban en cuadras individuales. Inmóviles, con los ojos muy abiertos, observaban al hombre del mono azul, que para ellas no debía de ser más que un punto de luz en movimiento. Solo cuando el joven ordeñador se metió en el cuarto de las lecheras, una vaca casi blanca — apenas tenía una manchita en el lomo— soltó un mugido y sacudió la cola.

—No te pongas nerviosa, me iré enseguida —murmuró Walter, cerrando la puerta.

Habían dejado los bidones de leche cruda, dos docenas o más, alineados junto a la pared. Por fuera tenían un tono gris apagado, pero los habían limpiado y secado por dentro, y brillaban como un espejo. Las telas de colar la leche, en cambio, estaban tiradas en el suelo, entre los delantales y las botas de goma. El chico chasqueó la lengua con fastidio y colgó la lámpara del gancho. A continuación llenó una tina de latón con agua, echó un puñado de sosa y sumergió la tela de algodón y punto ancho. Después de colocar varios taburetes de ordeñar en el estante y de cerrar el tapón de rosca de una lata de arena de limpiar, abrió la puerta del patio.

Una bandada de tordos salió volando de un tilo; en la casa señorial aún no había ni una sola luz encendida. *Motte*, el perro viejo de Thamling, dormía en los escalones. Los puntales carbonizados de la torre del reloj se alzaban hacia el cielo color violeta y el desagüe se balanceaba. Habían cubierto con tablones las ventanas rotas, pero el escudo de armas de la finca, un caballo negro debajo de unas hoces en cruz, seguía tirado en el jardín de enfrente. El pórtico también había quedado dañado y estaba torcido, y el ataque del cazabombardero había revelado que las columnas acanaladas, que recordaban un templo, estaban huecas: tablones enyesados tras los cuales vivían los ratones.

Walter cruzó el patio, pasó por la herrería y abrió la puerta del establo de los terneros. La paja del suelo se arremolinó con la corriente de aire. Walter levantó la lámpara de petróleo y leyó el anuncio del tablón, un

comunicado de la oficina de reclutamiento del ejército. A continuación cerró la ventana, dio unos golpecitos en el depósito de agua y echó un vistazo al comedero de pienso. Bajo el inmenso techo de paja había sitio para más de doscientas cabezas de ganado, pero en aquel momento, justo antes de la primera temporada de celo, apenas había cuarenta. Walter llamó a los animales con un débil silbido y algunos se acercaron a la verja, donde dejaron que les acariciara el lucero y le lamieron los dedos.

Apenas quedaban cerdos en la granja, por lo que los terneros tenían cada vez más salida; casi un tercio del ganado llevaba ya la cruz de tiza en la ijada. Walter echó un balde de salvado en la artesa, cerró la puerta tras él y cruzó el camino. Junto a la entrada de la vaqueriza, en el antiguo establo para caballos, vivían los refugiados, cada familia en su cuadra; en el silencio del atardecer se oían voces de mujeres y niños, y un acordeón. Aunque tenían prohibido cocinar en el establo, por la ventana enrejada salía humo, y olía a cebolla y a lejía caliente.

Debajo del alero de la vaqueriza había unas cuerdas cargadas de sábanas y pañales, y una racha de viento le lanzó algo sedoso a la cara, unas medias frías. Junto a ellas estaba colgada la camisa fina con bordados que Elisabeth se había puesto el fin de semana anterior. No se la había querido quitar durante varios días, ni siquiera después de beber ginebra Steinhäger, y no fue hasta que estuvo «rancia», como decía ella, que se la quitó rápidamente por la cabeza y la puso a remojo en el lavamanos de Walter, con cara de asco. En su desnudez le había parecido todavía más delicada, casi infantil,

un efecto empañado solo por su vello oscuro, reluciente. Walter acarició el bordado con las yemas de los dedos, pero apenas se hubo inclinado hacia delante para olerla, una voz desde detrás de las sábanas dijo:

—Qué, ¿ya está seca?

La señora Isbahner estaba sentada en las escaleras de la cocina para el ganado, pelando una patata a la luz de una vela. Llevaba mitones, un abrigo ajado y el pelo canoso recogido en un moño. Tenía los labios finos, como sus dos hijas, que vivían con ella en la granja, y cuando pegaba la barbilla al cuello le sobresalía el bocio, una protuberancia pálida y llena de venas varicosas.

—He venido a echar un vistazo a la leche —dijo Walter—. ¿No tiene frío?

La mujer, con un gato dormido en el regazo, asintió con la cabeza.

—Pero el aire aquí es mejor —murmuró mientras quitaba los ojos a una patata—. A echar un vistazo a la leche, ¿eh? Qué cumplidor. ¿Cómo va a estar, la leche? Será blanca o gris, a lo mejor un poco amarillenta; fría o no tan fría, agria o dulce; con una capa de nata encima o un poco pasada. Desde Adán y Eva la leche es leche, no hace falta que nadie le eche un vistazo. —Arrojó la patata al barreño y le sonrió de tal forma que se le movió la dentadura postiza—. No nos dedicamos a robar, chiquillo. Nos apañamos con lo que tenemos. Somos refugiados, no ladrones.

Walter pestañeó, desconcertado.

—Nadie ha dicho eso, que yo sepa. Pero Thamling todavía está en Malente y yo tengo que encargarme de la ronda nocturna. ¿Está Liesel?